

APUNTES PASTORALES ANTE LA POST- MODERNIDAD

LA RELIGIOSIDAD EN LA POSTMODERNIDAD

Las siguientes características nos ofrecen una vista panorámica del fenómeno.

Predominio de la experiencia religiosa sobre la racionalidad. La razón deja de ser la omnipotente luz desentrañadora de la realidad. Para penetrar en la Realidad hay que ir al encuentro de ella; estar abierto, para descubrir allí la presencia misteriosa de alguien, de algo. Presencia que no es accesible sólo a la razón, sino a la totalidad de la persona. Es necesario renunciar a poseer conceptualmente las cosas para ser acogido por algo totalmente distinto.

Lucha contra la idolatría de lo Absoluto: «Los caminos de Dios son mayores que los de los hombres», esta advertencia del II Isaías (54,9) fue dejada de lado por la razón moderna. Ningún sistema religioso, ni la suma de todos ellos, a riesgo de idolatría, pueden apropiarse de la verdad sobre el Absoluto. Junto a la necesaria vigilancia sobre nuestro hablar sobre Dios es necesaria la mayor humildad: es poco lo que sabemos del Absoluto.

Énfasis en la estética y la simbólica. Se reivindica la evocación y la paradoja; más que precisar es un apuntar hacia lo sublime. Se evoca una presencia ausente por la vía de hacer sentir que hay algo que es impresentable.

La gratuidad: frente al fracaso de la modernidad de objetivar y capturar el sentido de la vida a través de los grandes relatos que llevó al vacío, la postmodernidad propone el «despertar al sentido» recibido gratuitamente. Una actitud religiosa de apertura y de escucha a la revelación del Misterio.

A todo lo anterior se agrega el cultivo del cuerpo y la atracción de la mente humana, como expresión de búsqueda de «autorrealización»; acercamiento al misterio del cosmos y a la grandeza de la naturaleza con un abanico tan amplio que va desde el apego al horóscopo hasta las experiencias de retrospección en la línea de la reencarnación; y lo que algunos llaman la rebelión anti-institucional de las

sectas respecto a las iglesias históricas, teniendo como punto de partida la contestación institucional y la búsqueda personal religiosa, y acabando, en muchos casos, en la abdicación de la libertad y del sentido crítico ante la personalidad de los líderes carismáticos y la rigidez de las exigencias de la secta.

INTERPELACION A LA PRAXIS CRISTIANA Y LAS RESPUESTAS

Hay varias salidas falsas.

La primera se resume así: ahora que vamos comprendiendo por dónde van los retos de la modernidad nos cambian las preguntas.

No faltarán quienes desde posiciones premodernas y prevaticanas, busquen pescar en río revuelto enrolándose en la fila de los críticos de la razón cuando en realidad esconden su rechazo a las aperturas que propició el Vaticano II y los aportes de la teología crítica.

Es tentador acudir a la historia de la Iglesia para descubrir que los postulados religiosos postmodernistas existen en la tradición, y por tanto no hay nada que revisar hoy.

Una salida parecida es enfrentar casuísticamente la fenomenología de la postmodernidad. Sería el caos y la contradicción total, porque ahí no hay coherencia lógica. Coexisten movimiento y experiencias negadoras unas de otras.

Tampoco es válido valorarlas sólo desde los resultados y contradicciones internas de cada expresión o aceptarla críticamente. Tal actitud expresa una inconsistencia interna bárbara y un endiosamiento de la cultura, que con todas sus potencialidades siempre será un producto creatural.

A nuestro juicio, una actitud básica es tomarla en serio. Escuchar y reflexionar sobre la profundidad de sus planteamientos centrales; saber de qué se trata y en qué medida nos interpelan. Escucha y atención que no están referidas sólo hacia fuera. El diálogo no es entre una cultura externa y una institución con su propio oxígeno cultural. Los alcances de la postmodernidad llegan a lo intraeclesial.

Jesús piensa, actúa y se ubica a sí mismo dentro del marco cultural judío. Pero el encuentro con el dolor, la fe y la insistencia de la mujer cananea le rompe sus propios esquemas y le abre a nuevas perspectivas culturales

No basta repensar su misión y presencia en el mundo sino la constitución misma de la comunidad de fe.

Otra actitud básica es la «confianza humilde» en lo que hemos ido recibiendo de Dios y que la historia ha acrisolado. No partimos de cero. Desde esta confianza humilde y abierta es posible el diálogo. Aceptar y justipreciar lo que emerge, y desenmascarar lo ambiguo y pecaminoso de la propuesta.

NOTAS A TENER CUENTA

En la relación del Evangelio con las culturas vale tener presente los siguientes presupuestos:

El Evangelio no es necesario para la existencia de las culturas. Infinidad de éstas han funcionado al margen de la propuesta explícita del evangelio. Es una constatación histórica que no busca minusvalorar la importancia del evangelio pero sí deslastrarnos de cierta arrogancia histórica. Por otra parte el evangelio, revelación y regalo de Dios, sólo tiene realización terrena a través de la cultura. De ahí que para el evangelio sea vital entrar en los distintos mundos culturales si quiere ser buena noticia hoy.

La historia del cristianismo es un muestrario heterogéneo de ese diálogo cultural religioso. Aun cuando la institución eclesiástica se haya identificado en extremo con la cultura occidental, el evangelio no está casado con la premodernidad ni con la modernidad. El talante desde el cual se relacione con la postmodernidad tiene que ser distinto de los planteamientos estrictamente modernos o premodernos. Ello no indica una separación total o ausencia de coincidencias. Durante estos 20 siglos, la iglesia en ejercicio adulto de su fe, ha ido discerniendo, aportando y haciendo suyos valores producidos por la cultura humana: democracia, derechos humanos, derechos de la mujer, valor de la persona, que, entre muchos otros, son adquisiciones de la

humanidad que la fe cristiana avala. El diálogo con la postmodernidad se hace desde la libertad respecto a las otras épocas, pero también desde la irrenunciable confirmación de logros culturales.

En lo que toca a lo religioso y lo específicamente cristiano vale resaltar unas ideas. Lo religioso en sí mismo no tiene más valor que cualquier otra dimensión humana. Cualquier sacralidad no es cristiana. De ahí el enfrentamiento de Jesús con un tipo de sacralidad y de religión que desvirtúan la verdad de Dios. La cita de Mateo 15,22-28 es significativa. Aparece Jesús descalificando dos acciones eminentemente religiosas como lo son el exorcismo y la curación en su nombre. Lo religioso siempre será ambiguo y, por tanto, objeto de discernimiento.

Entre la fe cristiana y lo religioso existe una permanente tensión. Por su misma dinámica, lo religioso tiende a la espiritualización, a distanciarse de lo cotidiano y del compromiso de transformación. Uno de los motivos de Marcos en escribir su evangelio fue atacar las desviaciones espiritualistas de los primeros cristianos. Por eso su énfasis en la humanidad de Jesús para que sus seguidores pisen tierra.

La praxis de Jesús, es una referencia fundamental a la hora del diálogo con la postmodernidad. Jesús piensa, actúa y se ubica a sí mismo dentro del marco cultural judío. Pero el encuentro con el dolor, la fe y la insistencia de la mujer cananea le rompe sus propios esquemas y le abre a nuevas perspectivas culturales (Mt 15,22-28). Su praxis es inculturada y centrada en el Reino Dios.

Otra referencia es la vida de los pobres: «... siempre los tendrán entre Uds.» le dice Jesús a sus discípulos. Y al final serán ellos —y la atención que le dediquen— quienes validen o no la vida cristiana. (Mt 25,31ss).

VALORACION CRITICA

La religiosidad emocional postmoderna se mueve entre la afirmación de la experiencia personal en la práctica de la fe y la absolutización de los sentimien-

Antes que desligarse del reto ante la historia, es una exigencia de testimoniar en el hoy y aquí lo que se plantea para el mañana. No hay posibilidad para lanzar a futuro algo que no se intuye en la práctica presente

tos. Afirmar que no hay experiencia cristiana sin implicación radical de toda la persona humana es una reivindicación válida frente a la mera adhesión a verdades conceptuales. Se revaloriza el silencio, la oración y la profundización del encuentro con Dios. El lado extremo de la propuesta es la configuración de los sentimientos como criterio único para las opciones de vida, y la estética para la validez de la fe.

Por otra parte, es verdad que el divorcio entre la teología y la espiritualidad reseco la experiencia religiosa, y que hoy hemos de ser más parcios de palabras en torno a Dios y privilegiar una mayor experiencia. Pero también es cierto que esa experiencia abarca tanto a la cabeza como al corazón y a las manos. Sin la razón crítica es fácil caer en un espiritualismo místico o en un fanatismo fundamentalista abonado con las excusas que giran en torno al «exceso de racionalismo teológico, peligros del criticismo y desobediencia a la jerarquía, olvido de la piedad...»

En la búsqueda de lo «sublime» se encuentra un reconocimiento de la grandeza de Dios y un deseo de deslastrarse de cargas y obstáculos para el encuentro con él. Sin embargo la práctica postmoderna de la fe cristiana tiene que vigilar que tal vía no le lleve a un escapismo estético, y principalmente recordar que «el sublime» por excelencia para la fe cristiana es el crucificado, el sin rostro humano anunciado en los cantos del Siervo, por Isaías (53,2).

IDEAS SUELTAS PARA LA PRACTICA PASTORAL

La pastoral no cambiará de la noche a la mañana, ni el camino a transitar se aclara por sí sólo, al salir el sol. Hay que caminar, probar, reflexionar, discutir, evaluar. No tenemos recetas prácticas ni proyecto lúcidos a largo plazo, en lo que respecta al trato pastoral de la postmoder-

Si queremos que la fe cristiana sea atractiva al hombre de hoy y fermento transformador de la persona y de la realidad social y cultural, la salida no es trivializar la radicalidad de Jesús, sino profundizarla, testimoniarla y presentarla lo mejor posible

dad. Estas notas no son más que un ejemplo de esa búsqueda.

El discurso postmoderno indica que quien narra debe estar implicado en la narración, ser parte sustantiva, agente testimonial de la experiencia de vida comunicada. El llamado a un testimonio eclesial de la fe y de la praxis cristiana es imprescindible.

El discurso no se legitima sino desde la cultura y desde la simbólica comunitaria a la que sirve el relato. El símbolo como expresión de una conciencia comunitaria convivida y compartida es un llamado de atención que no se puede dejar pasar. Entrar en la dinámica de lo simbólico implica el desplazamiento del acento en el discurso y en la lógica hacia la imagen y el símbolo. Más que demostrar, hay que provocar la experiencia de fe en nuestras comunidades.

La sustitución de los relatos hegemónicos por los relatos menores (relatos en el sentido de concepciones o cosmovisiones) provoca la siguiente interrogante: la fe cristiana ¿tiene que olvidarse del Reino de Dios como propuesta global sobre la historia, el hombre y el cosmos?

Los meta-relatos del Reino acompañaron una práctica pastoral centrada principalmente en los grandes proyectos, privilegiando la historia —como horizonte de largo plazo— sobre la vida cotidiana; la lucha y el compromiso sobre la vida. No fue una relación de negación sino de predominio de una sobre la otra. ¿Qué se nos plantea hoy?: ¿dejar a un lado las grandes causas?, ¿permanecer en lo inmediato sin saber para dónde vamos? En absoluto. Desde la misma práctica pastoral hemos visto la necesidad de que lo cultural —la vida en todas sus dimensiones— ocupe un lugar central en la vida de fe. La vida es para vivirla, defenderla y disfrutarla hoy. Eso no indica que no haya una dirección precisa. Hacia allá queremos ir. Pero comenzamos a vivir desde ya eso que queremos alcanzar como norte. Hacer realidad aquello de que «el Reino ya está entre Uds...» (Lc 17,21). Asumir la tensión del presente y futuro del Reino. Antes que desligarse del

reto ante la historia, es una exigencia de testimoniar en el hoy y aquí lo que se plantea para el mañana. Implica revisar si nuestros métodos de trabajo producen lo que afirman tener como meta (el respeto, la participación, la valoración, la igualdad y la hermandad). No hay posibilidad para lanzar a futuro algo que no se intuye en la práctica presente. La gran tragedia de la modernidad es que terminó negando lo que formalmente tenía como fines, pero que siempre quedaban subordinados o referidos a resultados futuros.

La postmodernidad proclama el final de las centralizaciones, hegemonías y totalitarismos ejercidos por las meta-concepciones universalizantes, para dar paso a los consensos entre cosmovisiones, proyectos sociales, éticos y morales diferentes. ¿Qué implica para la fe y la pastoral? Hay que repensar en qué consiste, cómo se asume y presenta la absolutez de la fe cristiana. Dos modos resaltantes vemos en nuestra historia. Por una parte Jesús de Nazaret, quien se presentó desde abajo, como uno más, con una consistencia propia e interna que llamó la atención de la gente, pero sin obnubilarlos. Su presencia no fue apabullante ni espectacular, de tal manera que impidiera la libertad de los hombres para aceptarlo o rechazarlo. «Si quieres ven y sígueme». Mantuvo la libertad de los interlocutores. La otra manera fue la de la Cristiandad a través la imposición social de la fe. Ella es la absoluta, por tanto es la única que tiene derecho. La absolutez no viene dada tanto por la consistencia interna de la fe, sino por el poder social de la institución.

Hoy esa absolutez tiene que ser probada y mostrada: dar testimonio de consistencia en el mismo terreno en que se mueven las otras propuestas. Frente a la cantidad de «ofertas» de salvación que pululan dentro del postmodernismo, la fe cristiana no posee un mercado cautivo.

No hay cristianos por descendencia. Tiene que esmerar la calidad de su oferta. Es un reto a la renovación de nuestra pastoral.

Por otra parte el consenso como mecanismo de negociación es una novedad para la práctica eclesial. Toca tanto el modo de ubicarse frente a los otros y frente a la sociedad como el funcionamiento eclesial interno. Los distintas tendencias tienen algo que decir. Los acuerdos, logros y avances en la línea del Reino que se logren exigirán la participación plural de los distintos actores. Si la tolerancia y el consenso es la regla de juego, la fe cristiana, y en este caso la pastoral, no se la puede saltar.

El diálogo no se puede plantear entre dos interlocutores cerrados, ajenos uno al otro. No es posible la separación; Iglesia aquí, postmodernidad allá. Sería repetir la traumática historia vivida frente al modernismo. Los fieles católicos no están exentos del sentir, pensar y actuar que predomina en sus ambientes de trabajo y vida cotidiana. Si queremos que la fe cristiana entre en la vida ordinaria de la gente (en la cultura), la vida ordinaria tiene que entrar en la fe y en la vida eclesial. Todo lo anterior supone una renovación de muchas de nuestras estructuras y conductas intraeclesiales.

El carácter fragmentario de la postmodernidad lleva a una religiosidad ecléctica. Se toma un elemento de una corriente y se le complementa con otros de diversas tendencias. Cada quien elabora su menú. Para la pastoral es una buena oportunidad de podar la propuesta cristiana de cantidad de parchos, pegostes y ganchos, superfluos y secundarios, si no queremos que al final la gente se quede con «cositas, momentos agradables», dejando a Jesús y al Reino fríos en la estantería. Si queremos que la fe cristiana sea atractiva al hombre de hoy y fermento transformador de la persona y de la realidad social y cultural, la salida no es trivializar la radicalidad de Jesús, sino profundizarla, testimoniarla y presentarla lo mejor posible.